

crupulosa exactitud. La fortuna de Juana, que era la suya, se duplicaba. Perez de Lagounia, el más rico comerciante de la provincia, quería á la jóven con cierta supersticion. ¿No llenaba la casa esta criatura celestial de inauditas prosperidades, despues de haberla preservado de una quiebra deshonrosa? La pañera, por su parte, que tenía un alma de oro y llena de delicadezas, había hecho de ella una niña religiosa, tan pura como bella. Juana podía ya casarse lo mismo con un señor que con un comerciante rico, sin que le faltara ninguna de las condiciones necesarias para estos brillantes partidos; y á no ser por los acontecimientos, Perez, que tenía el proyecto de ir á Madrid, la hubiera casado con algun grande de España.

— Yo no sé dónde está hoy la Marana dijo Perez terminando su relato; pero es el último rincón de la tierra que se halla como tenga noticia de que nuestra provincia está ocupada militarmente, y de que Tarragona se halla en estado de sitio, se pondrá en camino para venir aquí y velar por la seguridad de su hija.

Este relato cambió las determinaciones del capitán italiano, quien no volvió á pensar en hacer de Juana de Mancini la Marquesa de Montefiore. Había reconocido el sangre de Marana en la mirada que la

ven cruzó con la suya á través de la celosía, en el ardid de que acababa de valerse para curiosear, y en el último vistazo que le había echado. El libertino quería una mujer virtuosa para esposa. La aventura presente estaba llena de peligros; pero de esos peligros que no acobardan á un hombre animoso, porque llevan consigo el amor y sus goces. El aprendiz, acostado en los mostradores; la criada, de guardia en la cocina; Perez y su esposa, no durmiendo sino el sueño de los viejos; la sonoridad de la casa, y una vigilancia diurna de dragon, eran obstáculos suficientes para hacer del amor del Marqués un amor imposible. Pero Montefiore tenía á su favor, para contrarestar tantas dificultades, la sangre de las Marana que hervía en el corazón de la extraña italiana, española por las costumbres, vírgen é impaciente por amar. La pasión, la jóven y Montefiore se bastaban para desafiar al orbe entero.

Montefiore, guiado por el instinto peculiar á los hombres afortunados, tanto como por esas vagas esperanzas inexplicables que llamamos con pasmosa verdad presentimientos, pasó á la ventana las primeras horas de la noche, mirando hácia abajo, en direccion al supuesto encierro en que habían alojado los dos esposos al amor y alegría de su vejez. El almacén del entre-

suelo separaba á ambos jóvenes; por lo tanto, no podia el capitán recurrir á esos golpecitos en el pavimento, artificial lenguaje de que se valen los amantes en casos parecidos. La casualidad, no obstante, acudió en su ayuda, ó ¡quién sabe si fué la muchacha! A tiempo en que se puso á la ventana, vió sobre el muro negro del patio un círculo de luz en cuyo centro se dibujaba la silueta de Juana, cuya actitud y braceo indicaban que hacía su tocado de noche.

— ¿Está sola? se preguntó Montefiore. ¿Podría yo, sin peligro, llamar al cristal redondo del tragaluz que ha de iluminar el cuarto, valiéndome de unas monedas envueltas en una carta y atadas á un hilo?

Inmediatamente escribió el billete, el billete propio del oficial, del soldado deportado por su familia á la isla de Elba; el billete del Marqués decaído, ántes petimetre y ahora capitán de vestuario. Despues hizo una cuerda con todo lo que servía para el objeto, ató á ella el billete en que envolvió algunos escudos, y le descolgó en medio del más profundo silencio, hasta el centro del resplandor circular.

— Las sombras al proyectarse, pensó Montefiore, descubrirán si su madre ó la criada la acompañan; y si es que no está sola subirá aprisa la cuerda.

Pero cuando al cabo de mil fatigas, fáciles de comprender, hirieron las monedas el vidrio, una sola figura, el esbelto busto de Juana se agitó sobre el muro. La joven abrió el ventanillo muy despacio, vió la carta, la cogió, y quedó en pié leyéndola. Montefiore declaraba su nombre, pedia una cita, y ofrecía, en el estilo de la antigua novela, su corazón y su mano á Juana de Mancini. ¡Infame y vulgar astucia que siempre logra el resultado apetecido! A los años de Juana ¿no contribuye la nobleza de alma á acrecentar los peligros de la poca edad? Un poeta contemporáneo ha dicho gráficamente: «la mujer no sucumbe sino en la plenitud de su fuerza.» Suele fingir el amante dudas del amor que inspira, precisamente en el momento en que se ve más amado; entónces la joven confiada y noble quisiera inventar maneras de sacrificarse, sin conocer lo bastante ni el mundo ni los hombres para permanecer tranquila en medio de sus pasiones exaltadas, y para aniquilar con su desprecio al amante capaz de aceptar la vida ofrecida como expiación de un reproche engañoso.

Desde la sublime constitucion de las sociedades, la joven doncella se ve atormentada por los crueles martirios que la producen los cálculos de la virtud prudente, por un lado, y las desgracias de una falta,

por otro. A menudo pierde un amor, el más delicioso, al parecer, el primero, si se resiste, ó pierde casamiento si comete una imprudencia. Basta echar una rápida ojeada sobre las vicitudes de la vida social en París para convencerse de la necesidad de una religion en París, sabiendo que todas las noches escasean las jóvenes seducidas. Pero París está situado al grado cuarenta y ocho de latitud, y Tarragona al cuarenta y uno; antigua cuestion de climas que aún puede ser útil á los novelistas para que justifiquen los bruscos desenlaces, las imprudencias y resistencias del amor.

Montefiore no apartaba los ojos del elegante perfil negro dibujado en medio del resplandor. Ni él ni Juana podían verse, por impedirlo un maldito friso, recientemente colocado, que les privaba de los beneficios de esa correspondencia muda que suele establecerse cuando dos amantes se asoman á la ventana. Por eso la atencion, el alma del capitán estaban reconcentradas en el círculo luminoso que era intérprete de los pensamientos de la joven, reproduciendo los gestos que se la escapaban, acaso sin saberlo. Pero no: los raros ademanes de Juana mataban toda esperanza en el ánimo de Montafiore. Juana se divertía en cortar el billete. La virtud y la moral se irritan á menudo cuando notan

las precauciones que los celos inspiran á los Bartolos de la comedia. Juana, sin tinta, plumá, ni papel, contestaba la carta á tijeretazos. Bien pronto volvió á atar el papel, subióle el oficial, le abrió, y á la luz de la lámpara leyó en letras caladas: ¡ *Venid!*

— ¡ Ir! se dijo él. ¡ Y el puñal, el fusil, el veneno de Perez! ¡ Y el aprendiz apenas dormido sobre el mostrador! ¡ Y la criada en su hamaca! ¡ Y esta casa tan sonora como un contrabajo de ópera, en la que desde aquí oigo roncarse al viejo! ¡ Ir! ¿ Luego no tiene nada que perder?

¡ Punzante reflexion! Solamente los disipados saben ser lógicos y pueden castigar á una mujer por su sacrificio. El hombre ha inventado á Satanás y á Lovelace: pero la vírgen es un ángel á quien no puede prestar más que sus propios vicios; demasiado grande y hermosa para que pueda engrandecerla y hermosearla, no le ha sido concedido otro fatal poder que el de marchitarla, atrayéndola á su vida ignominiosa. Montefiore aguardó la hora más soporífera de la noche; despues, á pesar de sus reflexiones, bajó descalzo, provisto de sus pistolas, anduvo paso á paso, se paró para escuchar el silencio; palpó, sondeó el pavimento, y casi vió en la oscuridad; siempre dispuesto á volverse á su estancia, caso de que sobreviniera el más

pequeño incidente. El italiano se había puesto el más bonito uniforme, había perfumado su negra cabellera, y se había dado ese brillo especial con que el tocador y el esmero realzan la natural belleza: en semejante ocasion la mayor parte de los hombres son tan mujeres como una mujer. Montefiore pudo llegar sin dificultad á la puerta secreta del gabinete donde estaba alojada la jóven, que era una especie de escondrijo practicado en un rincon de la casa, ensanchada en aquella parte por una de esas salientes caprichosas, tan frecuentes donde los hombres se ven obligados, por la carestía de los terrenos, á apretar sus casas unas contra otras. Esta celda pertenecía exclusivamente á Juana, donde durante el día estaba á cubierto de toda mirada. Hasta entónces se había acostado cerca de su madre adoptiva; pero lo exiguo de las buhardillas en que se habían refugiado los dos esposos no les había permitido llevarse consigo á su pupila. La había dejado, pues, Doña Lagounia bajo la salvaguardia de la llave de la puerta secreta; bajo la proteccion de eficaces ideas religiosas, convertidas ya en supersticiones; y bajo la defensa de una arrogancia natural, de un pudor de sensitiva que hacian de la Mancini una excepcion entre las jóvenes de su sexo: poseía ésta en el mismo grado las virtudes más

conmoveras y las inspiraciones más apasionadas; así habian sido necesarias la modestia, la santidad de una vida monótona para calmar y enfriar la sangre ardiente que bullia en su corazon, y que su madre adoptiva llamaba tentaciones del demonio. Un ligero rayo de luz filtrado á través de la hendidura de la puerta mostró á Montefiore el sitio de entrada; éste rascó suavemente la madera y Juana abrió. Montefiore entró palpitante, notando en la reclusa una expresion de cándida curiosidad, la más completa ignorancia del peligro que corria, y una especie de sencilla admiracion. Durante un momento quedó impresionado por la santidad del cuadro que se ofrecia á su vista.

Sobre las paredes habia una tapicería de fondo gris, sembrada de violetas; un pequeño baul de ébano, un espejo antiguo, un inmenso y viejo sillón tambien de ébano y tapizado; despues una mesa con piés torneados, cerca de la mesa una silla, y sobre el suelo un tapiz bonito; hé aquí todo. Sobre la mesa habia flores y una labor de bordado; al fondo un lecho corto y estrecho sobre el que Juana soñaba; encima del lecho tres cuadros, un crucifijo con pila á la cabeza, y una oracion escrita en letras de oro, con marco. Las flores exhalaran débiles perfumes; las bujías espar-

cian dulce claridad; todo era tranquilo, puro, sagrado. Las ideas soñadoras de Juana, y Juana principalmente, habian comunicado su encanto á los objetos; su alma parecia que irradiaba allí; aquello era la perla dentro de su nácar. Juana, vestida de blanco, hermosa con su sola hermosura, dejando el rosario para llamar al amor, habria inspirado respeto al mismo Montefiore, si el silencio, si la noche, si Juana no hubiera sido tan encantadora, si el pequeño lecho blanco no hubiera dejado al descubierto las sábanas entreabiertas y la almohada confidente de mil vagos deseos. Montefiore permaneció mucho tiempo de pié, embriagado de dicha desconocida, semejante á la de Satanás, entreviendo el cielo por un claro de las nubes que le amurallan.

— Desde el momento en que os vi os amé, dijo él con puro acento toscano y voz italianamente modesta. Vos sois mi alma y mi vida, y lo seréis siempre si quereis.

Juana oia estática el sonido de estas palabras que el idioma del amor magnifica.

— Pobre niña, ¿ cómo habeis podido respirar tanto tiempo en esta casa sin perecer en ella? Vos, hecha para reinar en el mundo, para habitar el palacio de un príncipe, vivir de fiesta en fiesta, sentir las delicias que producís, ver todo á vuestros piés,

borrar las más hermosas riquezas con la de vuestra belleza que no reconoce rivales, vos habeis vivido aquí, solitaria, con estos dos comerciantes.

Question interesada. Montefiore queria saber si Juana no habia tenido amante.

— Sí, contestó ella. ¿ Pero quién os ha dicho mis más ocultos pensamientos? Hace algunos meses que tengo una tristeza mortal. Sí, yo prefiero morir á permanecer más tiempo en esta casa. Mirad este bordado, no hay una puntada que no se haya hecho sin mil horribles pensamientos. ¡ Cuántas veces he querido escaparme para arrojarme al mar! ¿ Porqué? No lo sé... Algunos enfados infantiles, pero fuertes, á pesar de su candidez... A menudo he abrazado á mi madre por la noche, como se abraza á una madre por última vez, diciendo para mis adentros: « Mañana me mataré. » Luego, no me mataba. Los suicidas van al infierno, y yo tenía tan gran miedo al infierno, que me resignaba á vivir, á levantarme todos los dias, acostarme, trabajar á las mismas horas, y hacer las mismas cosas siempre. Yo no me aburría, pero sufría... Y á pesar de todo, mi padre y mi madre me adoran. ¡ Ah! yo soy muy mala, como se lo digo á mi confesor.

— ¿ Quiere decir que habeis estado toda la vida aquí sin diversiones ni placeres?

— ¡Oh! yo no he estado siempre así. Hasta la edad de quince años me han gustado los cánticos, la música, las funciones de iglesia. Yo era dichosa al sentirme inmaculada como los ángeles, y poder comulgar cada ocho días; en fin, yo amaba á Dios. Pero hace tres años todo ha cambiado en mí de un día para otro. Al principio se me antojaron flores, y las tuve hermosísimas; despues quise..... Pero ya no quiero nada, añadió, despues de una breve pausa, y sonriendo á Montefiore. ¿No me habeis escrito hace un momento que me amaréis siempre?

— Sí, Juana mia, exclamó dulcemente Montefiore, cogiendo á la adorable niña por la cintura y oprimiéndola fuertemente contra su corazon. Sí, pero déjame que te hable como tú hablas á Dios. ¿No eres tú más hermosa que María de los cielos? Oye. Yo te juro, continuó besándola los cabellos, yo juro, haciendo de tu frente el más bello altar, que serás mi idolo, que te prodigaré todas las venturas del mundo. Para tí mis carrozas, para tí mi palacio de Milan, para tí todas las alhajas y los diamantes de mi antigua familia. ¡Para tí nuevos adornos todos los dias! ¡Para tí los goces, las mil alegrías del mundo!

— Sí, replicó ella, amo todo eso; pero mi alma me dice que lo que más amaré en

la vida será á mi querido esposo. *¡Mio caro sposo!* dijo ella; porque es imposible encerrar en dos palabras francesas la admirable ternura, la amorosa elegancia de sonidos que en la lengua y pronunciacion italiana tienen estas tres palabras deliciosas. Y el italiano era la lengua materna de Juana.

— Yo volveré á hallar, replicó lanzando á Montefiore una mirada en que brillaba la pureza de los querubines, yo volveré á hallar mi querida religion en él. El y Dios, Dios y él. ¿Sereis vos? Sí, dijo despues de una pausa; vos sereis. Mirad, venid á ver el cuadro que me ha traído mi padre de Italia.

Tomó una bujia, hizo una señal á Montefiore, y le enseñó al pié del lecho un San Miguel derribando al demonio.

— Mirad, ¿no es cierto que tiene vuestros ojos? Por eso cuando os ví en la calle me pareció el encuentro un aviso del cielo. He contemplado tantas veces esta pintura, este ángel, durante mis fantásticos sueños materiales, ántes de que mi madre me llamara á la oracion, que ya habia concluido por hacerle mi esposo. ¡Dios mio! Os hablo como me hablo á mí misma. Direis que estoy loca; pero si supierais cuánto necesita una pobre reclusa confiar las ideas que la ahogan! Cuando estoy sola hablo con las flo-

res de los tapices, y yo creo que me comprenden mejor que mi padre y mi madre que siempre están serios.

— Juana, dijo Montefiore cogiéndola las manos y besándoselas con una pasión que que se traslucía en sus ojos, en sus ademanes y en su voz; háblame como á tu esposo, como á tí misma. Yo he sufrido todo lo que tú has sufrido. Pocas palabras necesitamos ambos para comprender nuestro respectivo pasado; pero jamás habrá bastantes para explicar las dichas que nos aguardan. Pon la mano sobre mi corazón. ¿Ves cómo palpita? Juremos delante de Dios, que nos está viendo y oyendo, guardarnos fidelidad toda la vida. Mira, toma este anillo..... Dame el tuyo.

— ¡Dar mi anillo! exclamó ella aterrada.

— ¿Y porqué no? preguntó Montefiore á quien inquietaba tanta candidez.

— Es que le tengo de nuestro Santo Padre el Papa; me lo puso en el dedo, cuando yo era muy niña, una hermosa dama que me crió, que me trajo á esta casa, y que me encargó guardarle siempre.

— ¿Luego no me querrás nunca, Juana mía?

— ¡Ah! dijo ella; ahí le tienes. ¿No eres tú mejor que yo?

Al decir esto tenía temblando el anillo, y le oprimía, mirando á Montefiore con

lucidez indagadora y perspicaz. Este anillo era toda ella, y se le dió.

— ¡Oh, Juana del alma! dijo Montefiore estrechándola en sus brazos; sólo un monstruo sería capaz de engañarte... Yo te amaré eternamente.....

Juana se había quedado como soñando. Montefiore, pensando en su interior la inconveniencia de aventurarse en esta primera entrevista, por no espantar á una jóven tan pura, que era imprudente por virtud más que por deseo, lo fió todo, para en adelante, á su propia belleza, cuya eficacia conocía, y al inocente desposorio del anillo, que representaba la más sublime de las uniones, la más ligera y á la vez la más fuerte de todas las ceremonias, el himeneo del corazón. Durante el resto de la noche y parte de la mañana siguiente debia la imaginacion de Juana ser cómplice de su pasión. Así es que Montefiore se esforzó en aparecer tan tierno como respetuoso. Fijo en esta idea, ayudado por su pasión y espoleado por los deseos que Juana le inspiraba, estuvo acariciador y lleno de unción en su lenguaje. Logró que la inocente niña aprobara todos sus proyectos de una vida nueva; la pintó el mundo con los más brillantes colores, la entretuvo con detalles caseros, tan de gusto de las muchachas, é hizo con ella esos convenios

á que se llega despues de larga discusion y que tanta realidad y derechos dan al amor. Despues de haber fijado la hora para las citas nocturnas, dejó á Juana feliz, sí, pero cambiada; la Juana pura y santa no existia ya; en la postrer mirada que le lanzó, en el gracioso mohin con que ofreció su frente á los besos de su amante, habia más pasion de la que es lícito mostrar á una jóven. La soledad, lo enfadoso de las labores contrarias á su temperamento habian producido este resultado; para hacerla buena y virtuosa hubiera sido necesario, ó habituarla paulatinamente al mundo, ú ocultárselo para siempre.

—El día de mañana se me va á hacer muy largo, dijo recibiendo en la frente un beso casto aun. Pero estad en la sala y levantad un poco la voz, á fin de que yo pueda oirla y me llene el alma.

Montefiore, que habia adivinado toda la vida de Juana, se dió el parabien de haber sabido contenerse para mejor asegurar el triunfo. Subió á su cuarto sin incidente alguno. Diez dias trascurrieron sin que nada turbara la paz y soledad de la casa. Montefiore habia desplegado, puesto en juego todo su mimo italiano para con el viejo Perez, Doña Lagounia, el aprendiz y hasta la criada; así es que todos le querian; mas á pesar de la confianza que habia

inspirado no quiso aprovecharse para que le dejaran ver á Juana, para que se le abriera la puerta de la deliciosa celda. La jóven italiana, hambrienta de verle, le habia rogado encarecidamente que lo hiciera; pero él se habia negado siempre por exceso de prudencia. Además, habia empleado toda su ciencia y gastado todo su crédito en desvanecer las sospechas de los viejos; les habia acostumbrado á que lo vieran levantarse al mediodia, y eso que era militar. El capitán se habia hecho el enfermo. Los dos amantes no vivian más que por la noche, cuando todo dormia en la casa. Si Montefiore no hubiese sido uno de esos libertinos á quienes el hábito del placer permite conservar en todo caso su sangre fria, ya se habrían perdido ambos lo ménos diez veces en estos diez dias. Un amante novel, con el candor del primer amor, se hubiera entregado á encantadoras imprudencias, imposibles de resistir. Pero el italiano resistia á la misma Juana, mohina, loca; á Juana, que de sus luengas trenzas hacia una cadena y se la enredaba al cuello para retenerle. El hombre más perspicaz se hubiera visto apurado para descubrir los secretos de estas citas nocturnas. Es presumible que el italiano, seguro del éxito, se entregaba al inefable placer de una seducción paulatina, seme-

jante á un incendio que se desarrolla por grados para abarcarlo todo. Al dia undécimo y á la hora de comer, creyó oportuno confesar á Perez, bajo secreto, que la causa de su indisposicion con la familia era un casamiento desigual. Esta falsa confidencia tenia algo de horrible, atendido el drama nocturno que se representaba en la casa. Montefiore, como actor experimentado, preparaba un desenlace del que gozaba prematuramente en calidad de artista que ama su arte. Pensaba dejar pronto, y sin disgusto, la casa y su amor, y cuando Juana, despues de haberle esperado en vano mucho tiempo, se aventurase, con riesgo acaso de su vida, á preguntar á Perez por el huésped, Perez le contestaria, desconociendo por completo la importancia de la respuesta, que el Marqués de Montefiore se habia reconciliado con su familia, dispuesta ya á recibir á su esposa, y que se habia ido para presentársela.

Entonces Juana..... El italiano, á decir verdad, no se habia preocupado de lo que seria de Juana; conocia, no obstante, su nobleza, su candor, todas sus virtudes, y estaba seguro de su silencio.

Montefiore logró ser enviado en comision del servicio por un general. Tres dias despues, durante la noche, víspera de la partida, quiso como un tigre devorar por com

pleto la presa, y en vez de subir á su estancia, entró en la de Juana despues de la cena, para pasar más larga la noche de despedida. Juana, como verdadera española y verdadera italiana, doblemente apasionada, se alegró muchísimo de esta audacia, prueba de un ardiente amor sin límites.

Hallar en el amor puro del matrimonio los crueles goces de una union ilícita; ocultar al esposo entre las cortinas del lecho; engañar á medias á sus padres adoptivos, y poder decirles en caso de una sorpresa: « ¡Yo soy la Marquesa de Montefiore! » ¿No era el más grande regocijo para una jóven romántica, que de hace tres años no soñaba con el amor sin soñar al mismo tiempo con todos sus peligros? El tapiz de la puerta cayó sobre ellos, sobre sus locuras, sobre su dicha, como un velo que no hay para qué alzar. Eran próximamente las nueve, y el comerciante y su esposa leian las oraciones de la noche, cuando de repente se oyó en la calle el estrépito de un carruaje tirado por varios caballos; apresurados golpes resonaron en la tienda, y la criada corrió á abrir la puerta. De repente, en dos saltos, entró en la sala antigua una mujer magníficamente ataviada, y eso que salia de una berlina de viaje horriblemente manchada por el fango

de mil caminos. Su carruaje había atravesado la Italia, la Francia y la España. Era la Marana. La Marana, que, á pesar de sus treinta y seis años y de sus aventuras, estaba en todo el esplendor de una *belta folgorante*, dicho así para no desvirtuar la soberbia frase con que sus admiradores apasionados la calificaban en Milán; la Marana, que, reconocida amiga de un rey, había abandonado á Nápoles, las fiestas de Nápoles, el bello cielo de Nápoles, el apogeo de una vida de oro y madrigales, de perfumes y sedas, al saber de labios de su Real amante los sucesos de España y el asedio de Tarragõna.

— ¡A Tarragõna ántes de la toma de Tarragona! » había exclamado. « Quiero estar dentro de diez dias en Tarragona. »

Y sin cuidarse de la córte ni de la corona, había llegado á Tarragona provista de un salvoconducto casi imperial, y llena de oro, con el que pudo atravesar el imperio francés con la velocidad de un cohete. Para las madres no hay espacio; una verdadera madre lo presiente todo, y ve á su hijo de polo á polo.

— ¡Hija mía! ¡Hija mía! gritaba la Marana.

A tal voz, á tan brusca invasion, al aspecto de esta reina en pequeño, cayó el libro de las manos de Perez y consorte; la

voz resonaba como una tempestad, y los ojos de la Marana centelleaban.

— Ahí está, dijo el comerciante en tono de calma, despues de una pausa durante la que se repuso de la emoción que le produjeron la brusca llegada, la voz y la mirada de la Marana. Ahí está, repitió indicando la celda.

— Corriente; ¿pero no ha estado enferma, está siempre.....

— Perfectamente bien, dijo doña Lagounia.

— Dios mio, si tal es tu voluntad, arrójame ahora en los profundos infiernos por toda una eternidad, exclamó la Marana dejándose caer sobre un sillón, desfallecida, medio muerta.

Pronto desapareció el arrebatado color producido por tanto tormento, y la Marana palideció. Si había tenido fuerza para soportar el dolor, la faltaba para gozar de la dicha. El placer era más violento que el dolor, porque contenia los ecos del dolor y las angustias del placer.

— ¿Y cómo os habeis arreglado? Tarragona ha sido tomada por asalto.

— Sí, replicó Perez. Pero viéndome con vida, ¿cómo me haceis semejante pregunta? ¿No era preciso matarme para llegar hasta Juana?

Al oír esta respuesta, la cortesana es-

trechó la callosa mano de Perez, y la besó, bañándola con las lágrimas que se agolparon á sus ojos. Era lo que tenia de más precioso en este mundo, porque no lloraba jamás.

— Buen Perez, dijo al fin. ¿Y no habeis tenido militares alojados?

— Uno solo, contestó el español. Afortunadamente tenemos al más leal de los hombres, uno de origen español, un italiano que aborrece á Bonaparte; un hombre casado, frio..... se levanta tarde, se acuesta temprano. En este momento está enfermo.

— Un italiano! ¿Cómo se llama?

— El capitan Montefiore.....

— Entonces no puede ser otro sino el Marqués de Montefiore.....

— Sí, señora, el mismo.

— ¿Ha visto á Juana?

— No, dijo doña Lagounia.

— Te equívocas, mujer, replicó Perez. El Marqués ha debido ver á Juana cortos instantes, es cierto; creo que la habrá mirado el dia que entró aquí al tiempo de la comida.

— ¡Ah! quiero ver á mi hija.

— Nada más fácil, dijo Perez. Ahora está durmiendo. Si ha dejado la llave en la cerradura, será necesario despertarla.

Al levantarse para coger las dos llaves

de la puerta, los ojos del comerciante se dirigieron casualmente hácia la ventana alta. Y entonces, en el círculo iluminado que se proyectaba sobre el negro muro del patio interior, percibió la silueta de un grupo que ningun escultor supo componer hasta el gracioso Canova. El español se volvió.

— No sé, dijo á la Marana, donde hemos puesto las llaves.

— Estais muy pálido, le dijo ella.

— Voy á deciros el porqué, respondió saltando á coger su puñal que agarró con fuerza, y con el que llamó violentamente á la puerta de Juana, gritando: — Juana! abre, abre!

Revelaba su acento una terrible desesperacion que dejó heladas á las dos mujeres.

Y Juana no abria, porque necesitaba algun tiempo para ocultar á Montefiore. Ignoraba todo lo que ocurría en la sala, pues las dobles cortinas del tapiz ahogaban las palabras.

— Señora, miento si os digo que no sé dónde está la llave. Héla aquí, dijo tirándola sobre la mesa de despacho. Pero nos es inútil. La de Juana está puesta en la cerradura y la puerta parapetada. Nos han engañado, esposa mia, dijo volviéndose á esta. En el cuarto de Juana hay un hombre.

— ¡Por mi salvacion, que es imposible! dijo su esposa.

— No jures, Lagounia. Nuestra honra ha muerto, y esta mujer..... Hablando así, señaló la Marana, que se habia alzado y permanecia inmóvil, herida como de un rayo por tales palabras. — Esta mujer tiene el derecho de despreciarnos. Ella nos ha salvado la vida, la hacienda, el honor, y nosotros no hemos sabido más que conservarle su dinero.

— Juana, abre, gritó, ó rompo la puerta.

Y su voz, aumentando en violencia, llegó á resonar en los graneros de la casa. Estaba, sin embargo, frío y tranquilo. Tenia en sus manos la vida de Montefiore, é iba á borrar sus remordimientos con toda la sangre del italiano.

— ¡Salid, salid, salid, salid todos! gritó la Marana, arrojándose con la agilidad de una tigre sobre el puñal que arrancó de las manos de Perez asombrado. Salid, Perez, le dijo con calma; salid vos, vuestra esposa, vuestra criada y vuestro aprendiz. Aquí se va á cometer un asesinato. Vosotros podriais ser fusilados todos por los franceses. No os mezcléis en nada, que este asunto me concierne á mí sola. Entre mi hija y yo no debe mediar más que Dios. En cuanto á ese hombre, me pertenece. La tierra entera no podria arrancármele de

las manos. Marchaos, idos, pues que yo os perdono. Lo veo, esta hija es una Marana: vos, vuestra religion, vuestro honor, sois muy débiles para luchar contra mi sangre.

Arrojó un suspiro horrendo y mostró los ojos secos. Todo lo habia perdido, y sabia sufrir, porque era cortésana. Se abrió la puerta. La Marana lo olvidó todo, y Perez, haciendo señas á su mujer, permaneció en su sitio. Como viejo español, intransigente sobre el punto del honor, queria ayudar á vengarse á la madre vendida. Juana, suavemente iluminada, toda vestida de blanco, se presentó tranquila en medio de la estancia.

— ¿Qué me quereis? dijo.

La Marana no fué dueña de reprimir un ligero estremecimiento.

— Perez, preguntó ésta, ¿tiene alguna salida este cuarto?

Perez hizo un gesto negativo, y confiando en este gesto, la cortésana se adelantó al medio de la estancia.

— Juana, yo soy tu madre, tu juez, y tú te has puesto en la única condicion para que yo pueda descubrirme á tí. Tú has venido hasta mí; tú, que yo reservaba para el cielo. Ah! tú has caido bien bajo. En tu cuarto hay un amante.

— Señora, aquí ni hay ni puede haber

más que mi esposo, contestó Juana. Yo soy la marquesa de Montefiore.

— ¿Entonces hay dos? dijo el viejo Perez con voz grave. Él me ha dicho que es casado.

— ¡Montefiore, amor mio! gritó la jóven, destrozando las cortinas del lecho y mostrando al oficial. Ven, que esta gente te calumnía.

El italiano se presentó pálido, lívido: veía un puñal en mano de la Marana, y conocía perfectamente á la Marana.

Así es que de un salto se lanzó fuera de la habitacion, gritando con voz de trueno: — ¡Socorro, socorro, que asesinan á un francés! ¡Soldados del 6.º de línea, corred á buscar al capitan Diard! ¡Socorro!

Perez había cerrado el paso al Marqués é iba con su ancha mano á ponerle una mordaza natural, cuando la cortesana, teniéndole, le dijo: — sujetadle bien, pero dejad que grite. Abrid las puertas, dejadlas abiertas y salid todos, os lo repito. — En cuanto á tí, dijo dirigiéndose á Montefiore, pide socorro..... Cuando los pasos de tus soldados se oigan, tendrás esta hoja en el corazon. ¿Estás casado? Responde.

Montefiore, caido sobre el umbral de la puerta, á dos pasos de Juana, ni oía nada, ni veía más que la hoja del puñal, cuyos reflejos le cegaban.

— Entonces me ha engañado, dije pausadamente Juana. Él se decía libre.

— Él me ha dicho que estaba casado, respondió Perez gravemente.

— ¡Virgen Santísima! exclamó doña Lagounia.

— Contestarás, alma vil? dijo la Marana en voz baja, inclinándose al oido del Marqués.

— Vuestra hija..... dijo Montefiore.

— La hija que yo tenía ha muerto, ó va á morir, replicó la Marana. Yo ya no tengo hija. No pronuncies más esta palabra y contesta: ¿estás casado?

— No, señora, dijo al fin Montefiore con ánimo de ganar tiempo. Yo quiero casarme con vuestra hija.

— ¡Noble Montefiore mio! dijo Juana respirando.

— Entonces ¿por qué huir y pedir socorro? preguntó el español.

¡Terrible esclarecimiento!

Juana no dijo una palabra, se retorció las manos y fué á sentarse en su sillón. En este instante se oyó fuera un tumulto muy perceptible á causa del profundo silencio que reinaba en la sala antigua. Un soldado que reinaba en la sala antigua. Un soldado del 6.º de línea, que pasaba casualmente por la calle cuando Montefiore gritaba pidiendo socorro, había ido á avisar á Diard. El jefe de cuartel, que, felizmente, volvía á su